

saco, al incendio, á la matanza. Por tan inverosímil error, que no se concibe tras todo cuanto por Dumouriez mismo pasara, disponía de sus tropas en las tablas de sus proyectos como pudiera disponer de sus peones en los juegos de ajedrez. Pero las tropas no estaban de los antiguos factores compuestas, y no se movían de un modo mecánico al mandato de un jefe indiscutible. Aquellos voluntarios de la libertad se contagiaron sin duda de pasiones exajeradas y violentas, en el contacto con la demagogia de los clubs; pero también habían absorbido por sus poros, en una respiración perpetua de ideas nuevas, conceptos como el concepto de derecho, como el concepto de patria, como el concepto de República, como el concepto de igualdad, tomados por Dumouriez cual si fuesen flatos de la voz, fantaseos enfermizos de trastornados entendimientos, palabras huecas sin vida y sin realidad, no obstante haber visto cómo conducían sus ecos los soldados al sacrificio y cómo les hacían gustosa y amable hasta la muerte. Si tuviera la noción más mínima del cambio experimentado por las muchedumbres, merced al calor de la revolución, ¿procediera el cuitado como procedió en este último trance? No creía en las ideas y las ideas le vencieron. Creía en las armas y las armas le abandonaron. El cuatro de Abril salió de su campamento para trasladarse al campamento de Mack; y acompañado por una incompleta docena de húsares, encuentra en su camino tres batallones de voluntarios. Davoest los mandaba, y al verlo, dió la orden verbal de tirar sobre la persona del caudillo. A la ligereza del caballo debió el traidor una salvación que no merecía y una vida que debía servirle de pesadísima carga, mientras se prolongó, si hubiera tenido un átomo de luz viva en la noche de su conciencia ó un átomo de sangre patria en las telas de su corazón. Creyendo en su ridícula soberbia perdonar á todos los revolucionarios, no ha obtenido todavía, no obtendrá jamás el perdón que necesita de la conciencia humana y de la Historia universal. Pasa entre los Judas del mundo.

Todavía no daba su brazo á torcer ante aquellas dolorosas experiencias, creyendo la tropa de línea con una suficiente maldad para seguirle y con un poder suficiente á meter los voluntarios en fila. Lo que le urgía era poner á los austriacos en su juego y conseguir de Coburgo, á quien no había podido echar los ojos encima, la publicación de un Manifiesto que secundase y aprobara sus proyectos, dándoles una sanción monárquica y europea que les hacía falta. Este Manifiesto declaraba cómo los poderes antiguos y las antiguas potencias tomaban á una con espontaneidad en la revolución aquella misma parte de complicidad recogida por Dumouriez sobre sus hombros. Dos cosas quería éste ver principalmente resaltar en el Manifiesto de Coburgo: primera, que la reacción monárquica no iría más allá de una realeza parlamentaria y constitucional; segunda, que los alemanes en esta campaña no se quedarían á la postre ni con un palmo de territorio francés. Si alguna plaza fuerte caía en sus manos, guardaríanla como sacro depósito y la devolverían en cuanto acabaran los conflictos guerreros y se restableciera el orden regular

y normal. En este punto Dumouriez insistía con verdadera insistencia y dictaba el siguiente párrafo á Mack, para que Mack lo redictase á Coburgo: «Digo, bajo mi palabra de honor, que no llegaré al territorio francés con ánimo de intentar ninguna conquista, pues si las operaciones militares exigieran la retención de alguna plaza fuerte, mi conciencia la consideraría como un depósito sagrado y transitorio.» En cuanto el manifiesto estuvo convenido entre Dumouriez y Mack, tomó éste fuerte y ligera cabalgadura, llegando á las tres de aquella madrugada terrible al campamento de Mons, donde Coburgo tenía su cuartel general. Coburgo pertenecía por su sangre al potrero, que ha provisto de reyes padres en este siglo á todas las dinastías europeas. Sus facultades psíquicas de reproducción intelectual no corrían parejas con sus facultades fisiológicas de reproducción material. No se distinguía, pues, ni por sus aptitudes políticas, ni por sus aptitudes militares. Muy reservado, como todos aquellos que tienen poco que decir, también era muy tímido, como todos aquellos que tienen poco que hacer. Mas la prudencia le sirvió de muy excelente consejera en tal ocasión crítica. Y esta consejera le dijo que se mirase mucho antes de meterse á fondo en los asuntos franceses y que considerase cuán mal embocada estaba la guerra. No le disgustó, pues, el plan de Dumouriez, quien le ahorrraba un encuentro con Francia y le permitía esperar con calma refuerzos, los cuales pudieran servirle para reconquistar al emperador de Austria todos sus antiguos dominios en Flandes sin hacer ningún esfuerzo más y sin disparar ya un tiro. Pero le repugnaba mucho firmar el Manifiesto redactado por Dumouriez y extendido por Mack ante sus ojos. El general prusiano Tavezien, á nombre de su Rey Federico Guillermo, insistía en que firmase Coburgo, creyendo su firma único medio de arrancar al austriaco la Reina y el Delfín. Pero Coburgo ni estas reflexiones oía, siquier Mack le apremiase con obyurgante apremio. «Si Dumouriez triunfa, decía éste, como todos los indicios parecen asegurarlo, su triunfo sólo cederá en bien de los monarcas europeos; si no triunfa, tendremos nuevos desórdenes y nuevas partidas, cuyos crímenes y errores justifiquen un ataque inmediato á Francia.» Coburgo aún rechazaba esta casuística logomaquia. Pero, las reflexiones de Mack fueron tales y tantas; sus argumentos tan dialécticos; sus disquisiciones acerca de las palabras dadas y de los compromisos contraídos tan poderosas; su insistencia tan tenaz; y la visión prevista por el de un feliz éxito en la horrible aventura presentada con tal relieve y tan de bulto, que Coburgo, asediado, se dió por completamente rendido, y suscribió el Manifiesto.

Gran victoria diplomática, gran victoria diplomática Dumouriez alcanzó, consiguiendo la firma de su Manifiesto por el príncipe Coburgo en la mañana del cinco de Abril de mil setecientos noventa y tres. Pero la victoria diplomática no fué coronada por la victoria militar. Ni la perfidia, ni el dolo, ni el engaño, ni el embuste, ni el perjurio, ni la traición valieron cosa; todo se deshizo á la llama vivaz de aquella gran fe republicana que latía en el pecho de los ejércitos franceses. Dumouriez estaba perdido sin remedio. La noticia de

sus travesuras, de sus contabulaciones, de sus atentados á los convencionales que personificaban la representación nacional; el maltrato infligido al Ministro de la Guerra; los coloquios con Mack y las promesas á Coburgo trascendieron por todas partes y afirmaron al ejército francés en su disciplina y en su fidelidad, resuelto por el culto á la Patria y el homenaje á las leyes. La obra de Dumouriez marró en sus preparativos y se vino al suelo antes de colocar las bases que debían servirle de fundamento. Los mismos soldados, cuyas roncadas gargantas, estruendosas como cañones, le aclamaban días antes por creerle fiel á la patria, maldecíanlo en aquel momento y lo circuían de voraces cóleras. Voluntarios de la revolución no podían entender la contrarrevolución. Y sin embargo, Dumouriez intentó atraérselos. Ninguno le oyó. La cínica y torpe confianza, que tenía en sí mismo, acabó de perderlo. Imprudente, sin género alguno de vergüenza ni de conciencia, llevóse varios húsares austriacos de selecta escolta, cual si quisiera proclamar por todas partes con escándalo su infame traición. La vista de tales gentes sólo sirve para soplar más y más sobre las iras francesas en plena combustión. Nada se desorganiza tan pronto como un ejército indisciplinado cuando le falta la cohesión de su disciplina. Las tropas de Dumouriez no podían salvarse sin disolverse. Y se disolvieron. Primeramente, una parte de aquellos hombres hurta el cuerpo á la obediencia militar pasiva; después, varios batallones se dispersan en grupos aclamando la República y la patria; por último, campamentos enteros se diseminan y se deshacen. Quedóse, pues, Dumouriez solo, con sus cómplices y sus conjurados, circuido de aquella corte orleanista que no le sirvió para cosa ninguna; con unos ochocientos hombres de á pie y de á caballo, quienes habían permanecido fieles, no á la infamia de tal obra, no, á la excelsa personalidad del general. El ejército se le ha trocado en partida. Reconociéndose abandonado, hincó las espuelas al caballo; corrió al cuartel austriaco; y vió, antes de concluida, castigada su traición. Seguidamente comprendió aquello más doloroso para un genio y un carácter como el suyo; que le habían vendido y engañado con burla y con vileza. El burlador de todos era burlado por todos. Con experiencias tan largas, con artes tan maquiavélicas, con aquellas intrigas y conjuras en que se había metido, corriendo desde Madrid á Varsovia como policiaco secreto de Luis XV, lo sabía todo cuanto al curso de los hechos concernía, pero lo ignoraba todo cuanto concernía de suyo al curso de las ideas. Tratando tantos filósofos, no adivinó como la filosofía iba poco á poco descendiendo á la realidad. Después de haber vivido en la corte de los Reyes reformadores, no adivinaba que aquellos reyes eran los heraldos y los bautistas de la revolución. Su engaño sobre la importancia y la transcendencia de tal movimiento fué terrible. No veía ni lo que le pasaba delante de la vista. Pero fué más grave aún su engaño respecto de las viejas cortes y de los cortesanos altivos. El que había visto cien Maquiavelos con corona, jamás comprendió su maquiavelismo cuando las coronas se veían circuidas y amenazadas por la revolución. Iluso, imaginaba

irles mucho á los austriacos en que reinara el Delfín y viviera la Reina; cuando lo que los austriacos y demás gente del Norte querían era desmembrar y repartirse á Francia, después de haber desmembrado y repartidose á Polonia. La mayor pena de su corazón, el mayor castigo de su culpa fué la celeridad con que Dumouriez descubrió su engaño, sintiendo hubiera en el mundo quien pudiese mentir más que él y más que él traicionar y perjurar. Pudo ser el gran francés, el gran demócrata, el gran republicano, sin detrimento ni mengua del genio militar que naturaleza le concediera, desplegándolo y extendiéndolo con todo su vigor; prefirió la traición, y no lo ha olvidado la Historia.

Proyectos como los proyectos de la coalición monárquica, fundados en tales crímenes, verdaderas porquerías morales, pues hasta de grandeza carecían, proyectos así estaban destinados á dar frutos de perdición y de muerte inevitables, con arreglo al código de la verdadera lógica y al código de la verdadera moral. Echando la responsabilidad sobre Francia y su revolución, los coligados creyeron llegada la oportunidad feliz del sacrificio de toda justicia y del regreso á los combates animales existentes en las escalas inferiores del organismo para rehacer y restaurar así los afectos como los ideales monárquicos. Pitt, el jefe de los coligados en este momento psicológico, según ahora decimos, pertenecía de suyo á la clase de hombres en quien predomina la entraña del cerebro, y apenas se siente ni se conoce la entraña del corazón. Pensaba mucho; sentía poco. Bajo este aspecto asemejábase de suyo á Calvino y á Loyola y á Robespierre, hombres naturales por su nacimiento como los demás, pero hechos artificiales por sus creencias adquiridas y por el propósito de llevarlas á la realidad y á la vida, costase lo que costase. Para Loyola nada tenía realidad en el mundo sino su compañía; para Calvino nada tenía realidad en el mundo sino su Iglesia; para Pitt nada tenía realidad en el mundo sino su Inglaterra. Parecía que naturaleza lo hiciera con sus esfuerzos antes inglés que hombre. Si hubiéramos podido interrogar su feto al minuto de su nacimiento y pudiéramos interrogar hoy su cadáver, veríamos cómo perteneció en los enlaces de su vida individual con la vida externa más bien á su patria que á la humanidad. Así, encontrándose amenazado por Francia, y necesitadísimo de una guerra europea; «desaparezca Francia, dijo, y para que desaparezca Francia, cesen todas las fuerzas morales, reinen todas las fuerzas físicas; el continente viejo pertenece al primer ocupante; quien desee conquistar que conquiste.» Y esto lo decía y lo practicaba, cuando, por muchos que fueran los crímenes de la plebe francesa en la revolución, aparecían mayores los crímenes de la Realeza histórica en el desacato y desmembramiento de Polonia. No podía existir coalición alguna sin Rusia; y no podía soñarse con una inteligencia entre Rusia é Inglaterra sino pasando esta última por la desmembración de Polonia, contra la cual acababa de protestar fuertemente. Mas la sentencia y muerte de Luis XVI arrabló con todos estos escrúpulos; y la liberal Inglaterra, sin empacho alguno, abdicó su política polonesa; mientras Rusia, que, terrestre y continental de suyo, aca-

baba de proclamar contra Inglaterra la libertad de los mares, en aras de Inglaterra también renunció á este saludable y progresivo principio. Así, Pitt, que se las echaba de anglicano austero, y vivía, educado por un obispo inglés, en comercio continuo con el Evangelio y con la Biblia; de costumbres severas tanto más fáciles cuanto menos sentía los afectos, motores de las grandes injusticias, amor y amistad; si en punto á vida y costumbres no tuvo tacha, en punto á moral pública y á procedimientos políticos siguió la escuela de Maquiavelo. En medio de la renovación universal atúvose á la estabilidad británica sin tolerar el menor paso adelante. Aristocracia inglesa con todos sus privilegios feudales; Comercio con todos sus egoismos; Bolsa y juego continuo con todos sus desentrenos crecieron á la sombra de una política, valiosa, más bien que por su mérito intrínseco, por el sostén fortuito y circunstancial que le dieran las grandes emigraciones de Francia y de Holanda, conduciendo al seno de Inglaterra innumerables riquezas. Así, la mayor contrariedad encontrada por la revolución en su camino fué la enemiga de aquel hombre austero, quien, detestando el vicio, lo empleaba contra la virtud; y manteniendo un parlamento, gloria de Inglaterra, lo empleaba contra la Convención; y orgulloso con sus libertades históricas, las cuales tanto contribuyeron al engrandecimiento de su patria, las esgrimía contra Francia, progresiva, liberal, humana, y en favor de Rusia, despótica, guerrera, desmembradora, inmensa cárcel de siervos, ergástula y gemmonia de verdaderos esclavos, en cuya cumbre se levantaba una tiranía sólo comparable á la tiranía de los antiguos imperios asiáticos, sombra de la Historia, mancha de la tierra, deshonor de la Humanidad.

Pues qué, ¿si el veintiuno de Enero de mil setecientos noventa y tres, Francia degolló á un Rey como Luis XVI, dos días después, el veintitrés de Enero de mil setecientos noventa y tres, Rusia no degolló á una tan cristiana y heroica nación como la desdichadísima Polonia? En tal día firmaron los dos soberanos de Berlín y Petersburgo la segunda repartición de Polonia. Los pueblos anticipaban la muerte de un sér mortal como el Rey Luis: los reyes mataban una entidad inmortal como la nación polonesa. He ahí el fundamento y base de las nuevas coaliciones, un crimen sin ejemplo, un crimen, que todavía pesa hoy sobre la conciencia humana y todavía corrompe y pudre al viejo continente. Allí se formó un partido tan reaccionario como el partido de los emigrados franceses, no por una lógica y natural formación por un artificioso empeño de la corte moscovita. Los emigrados franceses no pudieron realizar su reacción, magüer los auxilios que les prestaban Austria y Prusia coaligadas, mientras los escasos reaccionarios palacos realizaron su reacción insensata, sostenidos por la infame Catalina II. Polonia tuvo su constituyente progresiva, como Francia, en la dieta luminosa de mil setecientos noventa y uno, que organizó el gobierno de la nación por sí misma y concedió todas las libertades posibles. Los confederados de Targowitz, tan parecidos á los emigrados franceses y tan sustentados por el poderío ruso, destruyeron el nuevo régimen y restauraron el antiguo, poniendo en vigor

el veto libre que había perdido á Polonia; desorganizando la justicia regular para sustituirla con magistrados, verdugos, no jueces; destituyendo y despojando de sus derechos naturales á todos cuantos no reconocían la obra de aquella infame guerra y no prestaban parias al triunfo de aquella horrorosa conquista. Como jaurías de perros hidrófobos, corrieron los cosacos al castigo de los patriotas, castigo en que les cruzaban la cara con sus látigos y les imprimían en las carnes vivas con hierro candente, la marca de su perdurable servidumbre. La propaganda democrática, con todos los naturales horrores consiguientes á una guerra violentísima, parece melodioso idilio comparada con los crímenes cometidos por los reyes para sujetar á Polonia. Requisas parecidas á inundaciones que todo se lo llevan en sus corrientes; pillaje y talas organizados con una organización brutal; visitas domiciliarias, en que se consumaban tormentos y violaciones sin número; la delación por sistema; el espía siguiendo al ciudadano como al cuerpo la sombra; patrullas incesantes que no consentían á sus víctimas ni el sueño en que todo se alivia y se olvida; innumerables arrestos, llenando de inocentes el infierno de las cárceles; el terror aplicado como no lo aplicaban los terroristas franceses; el saqueo convertido en sistema; las invasiones acompañadas de la matanza y del incendio; los castillos del antiguo patriado en tierra, y sobre sus piedras, muertos á cuchillo sus propietarios y habitantes; el degüello hasta de las mujeres y de los niños; hé ahí la santa coalición; por Pitt sustentada en nombre de la libertad y del derecho; y, sobre estos crímenes en nada se veía la mano de los pueblos, veíase la mano de los reyes. Austria despojada de Bélgica por la revolución, pedía compensaciones en Polonia. Prusia, ya que no pudo por el Rhin ensancharse, por el Sudoeste, querrá ensancharse por el Nordeste. Su Rey, no repuesto del choque suyo con Francia en Valmy, trataba de ganar lo que perdiera en sus propósitos sobre Francia, tanto más cuanto que la confianza en sí mismo se había desvanecido; el brillo de sus tropas deslustrado; su tesoro casi vaciado por la guerra; la disciplina quebrantada por la derrota; el espíritu nuevo penetrado hasta en los cuarteles; la idea filosófica de los derechos humanos surgido en la cátedra y bajado por esos milagros de la difusión intelectual hasta los abismos del pueblo, que negaba en Silesia la prestación feudal á sus antiguos señores. Para engordarse, aquel monstruo necesitaba sorberse la médula de Polonia. Y para sorberse la médula de Polonia, necesitaba conciliarse con Catalina de Rusia. Esta se veía cada vez más apremiada por las dos cortes occidentales, vecinas suyas; por la corte de Berlín y por la corte de Viena. Cada vez que llegaba un correo de Alemania, llevando apremios á Petersburgo en su demanda de acaparaciones, Catalina decía: «Tras la bella campaña que ambas cortes han hecho en Francia, todavía me hablan de conquistas.» Su deseo de conquistadora, por el cual había merecido la calificación de Semíramis del Norte, hubiérala llevado hasta quedarse con toda Polonia; pero su talento político le aconsejó transigir, pues más valía tener al Oeste vecinos aquietados que vecinos inquietos.